



D. IGNACIO COMONFORT.
Presidente sustituto de México.

CAPITULO UNDECIMO.

PAZ DE LA REPUBLICA.

Crítica posición del gobierno.—Estado de la opinión.—Conflictos de Comonfort.—Rasgos de su carácter.—Marcha contra los pronunciados.—Campaña de Puebla.—El ejército en San Martín Tesmelucan.—Fuerzas que le componían.—Batalla de Ocotlán.—Entrevista de Comonfort y de Haro.—Marcha el ejército sobre Puebla.—Ataque al cerro de San Juan.—Comonfort en el Cármen.—Sitio de Puebla.—Consternación en la ciudad.—Medidas de Comonfort.—Diligencias para capitular.—Propuestas de los sitiados.—No son admitidas.—Capitulación.—Entran en la ciudad las tropas del gobierno.—Castigo de los rebeldes.—Comonfort en Puebla.—Estado de la ciudad.—Conducta del Presidente.—Su regreso á la capital de la República.—Fiesta de la paz.—Conclusiones.

CRÍTICA por demás era la posición del gobierno en los últimos días de Febrero de 1856. Tenía en frente de sí una revolución que en dos meses había tomado proporciones gigantescas; que estaba representada por más de cuatro mil hombres, de los mejores del antiguo ejército; que se había ya enseñoreado de la segunda

ciudad de la República; que estaba sostenida por clases poderosas; que lisonjeaba grandes intereses, y era el fundamento de vehementes ambiciones; y que sin asustar decididamente á los amigos de la libertad, habia logrado reunir debajo de sus banderas, las voluntades de los que por inclinacion, por interes ó por opiniones, eran mas amigos de lo que habia caido con Santa-Anna, que de lo que habia triunfado con la revolucion de Ayutla.

Ademas de contar con tan poderosos elementos, la revolucion que Haro acaudillaba, habia llegado á crear ya una de esas situaciones en que el espíritu público de una nacion, mas bien por cansancio que por indiferencia, apetece cualquiera desenlace que ponga término á los males de semejantes crisis. Habíanse pasado ya dos meses, sin que nada se hiciera al parecer, ni en el terreno de las negociaciones, ni en el teatro de la guerra, para dar una solucion á las cuestiones pendientes; y como todo se habia paralizado, y todos los giros perecian, heridos de muerte por aquella general inaccion, reuníanse todos los intereses del comercio y de la industria, de la propiedad y del trabajo, para desear vivamente un término cualquiera, ora fuese favorable al gobierno, ora fuese en favor de los pronunciados. Este egoismo del interes material, que en todas partes se sobrepone al interes de las doctrinas,

cuando duran mucho las crisis revolucionarias, vino á formar en cierto modo el espíritu público del país en los dias de que hablamos, puesto que aquel deseo llegó á ser la última opinion de los que no tomaron una parte activa en la lucha, ni con el gobierno, ni con el bando rebelde.

Comonfort tenia sobre sí la inmensa responsabilidad de aquella situacion desesperante: todos los intereses perjudicados por ella, le pedian á gritos el remedio de los males que sufrían; la República entera le pedia la paz que necesitaba: y nadie se acordaba entonces de que ni él habia creado las gravísimas dificultades de la época, ni siquiera habia nacido en el tiempo de su administracion el origen de aquellos conflictos: era el jefe del Estado; y el Estado, sin pensar en otra cosa, le exijia la seguridad, las garantías y el sosiego que le arrebatava la rebelion.

Pujante ésta desde los primeros dias de su nacimiento, el presidente se habia encontrado sin fuerzas que oponerla; y aun despues que por un prodigio de actividad habia logrado levantar tropas que podian competir en número con los disidentes, todavía debieron agitar su espíritu crueles inquietudes, al ver que todo su ejército se componia de soldados que podian seguir las huellas de sus compañeros, y de gente

visoña, recién sacada del taller ó del campo para ser alistada en los batallones de la guardia nacional.

El, sin embargo, no solo no se arredró por aquellas dificultades, sino que aceptando resignado y sereno la posición que le deparaba la suerte, miró cara á cara la tempestad, y se preparó á luchar denodadamente con ella. Pasó todo el mes de Febrero dando órdenes para que se concentraran en la capital los cuerpos de tropa que estaban en diferentes puntos de la República; activando la organización de la guardia nacional que á toda prisa se iba levantando; visitando los cuarteles de la ciudad para animar á la gente con su presencia y con sus palabras; disponiendo que estuviera bien cuidado el camino de Puebla, para evitar cualquier sorpresa por parte de los pronunciados; y proporcionando á todos, los recursos de armas y de dinero con que habían de batirse y alimentarse.

En aquellos días de amargura y de prueba, en que se amontonaron sobre la vida de Comonfort todos estos afanes, juntos con los cuidados de su naciente administración, por todas partes y de todas maneras combatida y embarazada, nunca se le vió perder la serenidad de su semblante, ni el sosiego de su espíritu, ni el tono afable y bondadoso de sus palabras. Tolerante con todas las opiniones, indulgente con todas las faltas,

generoso con todos sus enemigos, nunca pudieron turbar su ánimo, ni producir en sus palabras y acciones la menor descompostura, las injurias de la oposición, ni las injusticias de los pronunciamientos, ni las defecciones de los jefes militares que habían burlado su confianza. Cuando algunos ponderaban en su presencia la perfidia de éstos, decía tranquilamente: “¿qué han de hacer? Temen que el gobierno de la revolución acabe con la clase militar, porque quiere reformarla: están engañados.”

Aunque el gobierno había logrado poner más de doce mil hombres sobre las armas, y había conseguido á costa de grandes sacrificios, bien que sin gravámenes para el erario, lo preciso para mantenerlos, era sin embargo muy dudoso el problema que en el campo de batalla iba á resolverse. Los pronunciados de Puebla eran gente decidida y acostumbrada á los peligros de la guerra; contaban al parecer con abundantes recursos y con poderosos auxiliares, y estaban animados por cuantas pasiones buenas y malas pueden servir de estímulo á los hombres para lidiar con brío y sostener desesperadamente una empresa: una derrota era para ellos la muerte ó la ignominia. No tenían tantos estímulos los del gobierno para mantenerse firmes en la lid, ni se encontraban tampoco colocados en la misma estrechura que los otros, para que no les quedara

mas recurso que la victoria ó la muerte. De los soldados del ejército que con el gobierno estaban, se decía casi públicamente, aunque sin razón como lo demostró el resultado, que se pasarían á las filas rebeldes en cuanto se avistaran con ellas, ó que por lo menos no llegarían á blandir las armas contra sus antiguos compañeros; y en cuanto á los guardias nacionales, aunque la causa de la libertad era bastante para enardecerlos, y se les veía dispuestos efectivamente á obtener el triunfo ó quedar en la demanda, bien se presumía que toda su buena voluntad no sería bastante para hacerles resistir el choque de tropas bien disciplinadas y aguerridas.

Ello es que todas estas reflexiones se hacían, y todas estas circunstancias se comentaban de una manera harto desconsoladora, á medida que se acercaba el momento de venir á las manos. Los amigos de la reacción tenían una confianza ciega en el éxito de la campaña; los amigos del gobierno no desconfiaban por su parte, pero tenían motivos harto poderosos para abrigar dudas y recelos. Comonfort conocía tal vez mejor que nadie estos motivos, y sin embargo, nunca se le vió vacilar, porque sentía sin duda dentro de sí mismo algo que le inspiraba una confianza imperturbable. Cuando sus amigos ponderaban delante de él las dificultades de la situación y las incertidumbres de la empresa,

solía responder con un sencillo acento de seguridad, que derramaba la confianza en torno suyo: "Peor es-
"tábamos en Ayutla y Acapulco; y vencimos: el
"mismo sol que nos alumbró allá, nos ha de alumbrar
"en Puebla. ¡Vamos!"

Y repitiendo estas palabras, partió de la capital el 29 de Febrero á las doce del día, confiado en la justicia de su causa, en las medidas que había tomado, en el buen espíritu de su gente, en la lealtad de sus amigos, y en el auxilio de la Providencia.

Desde antes había dispuesto que el ejército avanzara con dirección á Puebla, pasando rápidamente los desfiladeros de la inmensa montaña interpuesta entre México y aquella ciudad; cuya operación, ejecutada felizmente, dió por resultado que la vanguardia enemiga abandonara el pueblo de San Martín Texmelucan, donde se situó el cuartel general el día 1.º de Marzo, en cuya fecha llegó allí el presidente.

Formado el ejército en las llanuras del valle de San Martín Texmelucan, á siete leguas de Puebla, dispuso Comonfort que se levantaran algunas fortificaciones en aquel pueblo que debía ser la base de las operaciones futuras; mandó hacer los necesarios reconocimientos del terreno, y examinó cuidadosamente por sí

mismo sus accidentes topográficos, para señalar las posiciones que debía ocupar el ejército en su marcha, y evitar que le atacase la caballería de los pronunciados, mucho mas numerosa y fuerte que la del gobierno.

En esto se pasaron seis dias, que no fueron perdidos por otra parte, para que las tropas se animaran con la presencia del jefe, para escitar en ellas el buen espíritu militar, y para disipar en gran parte las dudas que aun se hacian correr entonces sobre la lealtad de los cuerpos permanentes. Si fué verdad que éstos habian vacilado antes, hay que decir que los cautivó el caudillo popular con su prestigio, con sus virtudes y con su fortuna, puesto que le fueron invariablemente fieles, no obstante que su fidelidad estuvo sometida á pruebas bien duras.

Impaciente Comonfort por acabar cuanto antes con una situacion tan mala para el país, dió sus órdenes para que el ejército avanzara sobre Puebla, y éste emprendió su marcha el dia 7. Componiase de tres divisiones de infantería, que mandaban los generales Parrodi, Moreno y Zuloaga, una de caballería mandada por el general Portilla, y una brigada móvil á las órdenes del general Ghilardi. En todo eran unos doce mil hombres con 40 piezas de artillería, cuya fuerza

se aumentó despues, durante el sitio de Puebla, hasta 16.000 hombres de todas armas con 48 cañones de diferentes calibres ¹.

El mismo dia 7 á la una del dia, el ejército hizo alto á tres leguas de Puebla, situándose la division Parrodi á la derecha en Rio-Prieto y loma de Montero, con la descubierta en Coronango; la division Zuloaga á la izquierda en las llanuras de la hacienda de San Isidro, y ocupando el centro la brigada Doblado en el cerro de Ocotlan: estaban la division Moreno y la brigada Ghilardi en la hacienda de Santa Inés, y la caballería en el pueblo de San Miguel Xostla, donde se situó el cuartel general. En estas posiciones pasó el ejército la noche del 7, dispuesto á acercarse mas el siguiente dia á la ciudad rebelada, segun las órdenes del general presidente, comunicadas desde Santa Inés, donde pernoctó.

Los de Puebla estaban á la mira de todos los movimientos que Comonfort efectuaba con su gente, y tuvieron noticias exactas del que queda descrito. Creyeron que les seria fácil atacar al ejército por sorpresa, y con este objeto salieron de la ciudad por el puente de México el dia 8 antes de amanecer, y se dirigieron apresuradamente á los puntos que las fuerzas del go-

¹ Véanse los estados de las fuerzas en el *Apéndice*, bajo el Núm. XXXII.

bierno ocupaban. Ora intentasen atacarlas en marcha, ora caer sobre ellas de improviso en las mismas posiciones donde habian pasado la noche, el movimiento de los pronunciados revelaba claramente que habia en sus jefes arrojo y decision. El presidente habia previsto esta salida, y habia dictado sus órdenes para el caso de que se realizara; mas no pudo impedirse que los de Puebla marchando rápidamente y en buen orden, envolviesen casi del todo las posiciones del gobierno, á las siete y media de la mañana del dia 8.

Eran los pronunciados como 3.500 hombres,² los cuales avanzaron osadamente, divididos en cinco columnas de infantería y dos de caballería, con 12 piezas de cañon, que lograron colocar en buen punto, cerca de Coronango, donde estaba la descubierta de la division Parrodi.

Dos de estas columnas de infantería, mandadas por Oronoz, Solís y Miramon, y apoyadas por el fuego de los 12 cañones y por una de las columnas de caballería á las órdenes del coronel Guillen, cargaron impetuosamente sobre la derecha del ejército á las ocho menos cuarto, mientras que Osollo y Aljovin atacaban el centro con otras tres, y la de caballería que manda-

² Este era el número de los que salieron, segun el cálculo mas bajo. Sin embargo, el general Alcérreca dijo en su parte, que el general Parrodi y él calcularon al verlos desde su posicion, que pasaban de 4,000 hombres de todas armas



BATALLA DE OCOTLAN. Dada en los terrenos de la Hacienda de San Isidro, El dia 8 de Marzo de 1856.



BATALLA DE OCOT

Imp. Litog. de Decaen.

BATALLA DE OCOTLAN.

ESPLICACION DE LA LAMINA.

TROPAS DEL GOBIERNO.

- | | | |
|--|---|--|
| A —1ª division general | } | C —1ª brigada, general Traconis (8 piezas). |
| Parrodi..... | | D —2ª id., general Echeagaray (8 piezas). |
| | | E —3ª id., general Trias (6 piezas). |
| B —3ª division, general | } | F —1ª brigada, general Rosas (14 piezas). |
| Zuloaga..... | | G —2ª id. Don Manuel Doblado (4 piezas). |
| Brigada de caballería, ge | } | H —1ª seccion, general Morett. |
| neral Avalos..... | | I —2ª id. general Portilla. |
| R —General en jefe, Don Florencio Villareal | | |
| 4—Cuartel general del gobierno. | | |
| 6—Parque general. | | |

TROPAS PRONUNCIADAS.

- 1—Batallon Núm. 6 de línea, general Oronoz.
 2 y 3—Batallones números 10 y 11 de línea, coronel Solís y teniente coronel Miramon.
J—Tercer batallon ligero, coronel Osollo.
K—Zapadores, batallon de ingenieros, coronel Aljobin.
L—Segundo activo de Guanajuato, coronel Echeverría.
M—Granaderos á caballo y Guías de E. M., coronel Bastos.
N—Columna de caballería, coronel Guillen.
O—Granaderos á caballo, coronel Olloqui.
P—Legion sagrada.
Q—Artillería (12 piezas).

S—Lugar de la conferencia entre el Exmo. Sr. presidente y Don Antonio Haro.

T—Ruta por donde llegó el Exmo. Sr. presidente, viniendo de Santa Inés.

5—San Antonio Milhuacan.

7—San Isidro Ocotlan.

8—Venta de Montero.

9—Coronango.

ba Bastos. Al mismo tiempo el coronel Olloqui con el resto de los caballos, marchaba á galope al pié del cerro de Ocotlan para ganar la llanura de la izquierda, y envolver por aquel lado al ejército de Comonfort.

A las ocho se hizo general la batalla, y dió principio una de esas escenas terribles, que si afligen siempre el corazón aunque se trate de una guerra entre ejércitos de diferentes naciones, son horriblemente desgarradoras cuando la lucha es entre hijos de un mismo pueblo. Por espacio de dos horas y media estuvieron luchando encarnizadamente los del gobierno y los pronunciados, sin que cesaran un punto los primeros en sus posiciones, y sin que un punto desmayaran los segundos en su empeño de avanzar para desalojarlos. Los tiros de cañon, el fuego graneado de la infantería, las arremetidas de los escuadrones, no cesaron un instante en aquel espacio de tiempo: diez y ocho bocas de fuego por parte del gobierno, y las doce de los pronunciados barrian por igual con la metralla las pobres chozas de San Francisco Ocotlan y las filas de los combatientes. Por fin los pronunciados fueron rechazados en el ala derecha, cuyas baterías habian hecho en ellos horribles destrozos; pero tan violento fué el empuje con que embistieron al centro, que algunos cuerpos de guardia nacional, menos disciplinados que valientes, no pudieron conservar sus posiciones, y se dispersaron por la

llanura de la izquierda, de tal modo que los pronunciados llegaron á apoderarse del cerro. El general Rosas Landa y el coronel Baz habian logrado contener por aquel lado á la caballería enemiga que trataba de envolverlos.

Dudosa estaba la batalla, porque era igual la obstinacion por una y otra parte; pero al fin los pronunciados cedieron. Estaban destrozados por la metralla de las baterías situadas en la loma; y veíase ademas á lo lejos por el camino de Santa Inés, una inmensa polvareda que anunciaba la aproximacion de nuevas tropas de refresco. Esto acabó de decidirlos, porque pensaron que aquellas fuerzas venian á reanimar el ardor de sus contrarios, precisamente en los puntos donde algo habia desmayado la resistencia. Salió pues de las filas rebeldes el toque de *alto el fuego*, y este toque fué repetido en la línea del gobierno por órden del general Avalos, que peleaba en el punto mas peligroso del centro, al frente de su brigada de caballería. Eran las diez y media: el fuego cesó al instante, pero no sin hacer aún una nueva víctima; apenas habia dado Avalos aquella órden, cuando cayó mortalmente herido por el último tiro de los contrarios.

Entonces se acercaron unos á otros los combatientes, pasando por encima de los muertos y moribundos de que estaba regado el campo: algunos de los pronun-

ciados prorumpieron en vivas al presidente, abrazándose con los soldados del gobierno; y pocos momentos despues se presentaron dos oficiales enemigos al general Villareal, segundo en jefe del ejército, diciéndole que Don Antonio Haro solicitaba tener con él una entrevista. Creyó Villareal, como creyeron todos los que allí estaban, que de aquel paso podia resultar la terminacion de la guerra: respondió, pues, que no tenia en ello inconveniente, y que Haro podia dirigirse á un punto intermedio, donde se verian. Casi al mismo tiempo llegaron Haro y Villareal al sitio de la cita, acompañados uno y otro por varias personas de su respectivo bando: Haro abrió los brazos á Villareal, y espresó el dolor que le causaba el sangriento espectáculo que á la vista tenian: Villareal se lamentó igualmente de aquellos desastres, y Zuloaga que iba con él, hizo lo mismo, escitando ambos al jefe de la revolucion á que se sometiese al gobierno para poner fin á tantas desgracias. En esto estaban, sin haber concluido nada todavía, cuando se avistó en el campo el presidente, lo cual hizo que Villareal pusiese fin á la conferencia con Haro, quedando por encargo de éste en dar cuenta á Comonfort de lo que habia ocurrido, y en pedirle tambien una entrevista. Cada uno se retiró entonces á su campo, y Haro dejó con Villareal al teniente coronel Don Agustin Iturbide, para que con él le enviara la respuesta del presidente.